

LAS MEMORIAS DE UN MEDICO PIRATA

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Médico y pirata, como Pedro Sangre —el famoso capitán Peter Blood, cuya figura contradictoria de libertador de esclavos y tirano del mar de las Antillas, sirvió a Rafael Sabatini para hacer un truculento folletín que la cinematografía yankee ha popularizado— el flamenco Henrick Smeeks, no se contentó con tomar parte activa en expediciones y asaltos, como su colega inglés, sino que, varón un tanto aficionado a las letras, dejó un libro de Memorias que, por sí sólo, ha bastado a inmortalizar su nombre ya que, sin lugar a dudas, es una de las primeras y más portentosas historias sobre la vida del Caribe durante el siglo XVII.

Se ha dicho que su nombre era Henrick Smeeks: verdaderamente así se llamaba; pero, cambiante como todo verdadero aventurero, trocóse en Jhon Exquemeling para los ingleses y en Alexander Oliver Oexmelin para los franceses; peligroso pero socorrido recurso para quien había de vivir luengos años soslayando las leyes de todas las naciones cultas.

La vida de este inquieto galeno flamenco constituye uno de los más singulares relatos con que cuenta época tan pródiga en extraños aventureros y extraordinarios episodios, como fue la centuria en que le tocó vivir. Con todo y ser tan minucioso autor de memorias, pocos datos da sobre sus orígenes y sobre las circunstancias que le determinaron a aventurarse por mares peligrosos hasta sentar pie en parajes casi desconocidos, de donde se barrunta que alguna picardía gorda decidióle a poner la inmensidad del océano de por medio entre sus persona y las autoridades del viejo mundo.

Parece que se inició como simple marinero, alcanzando a vivir diez años en las Indias Occidentales Holandesas, al cabo de los cuales consiguió por arte de birle birloque, ser admitido

como empleado de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales. En tal momento es cuando da comienzo al relato que había de hacerlo famoso: “Salimos del Havre de Gracia en un navío llamado “San Juan”, el día 2 de mayo del año de 1666. Nuestro buque iba artillado con 28 piezas y su dotación se componía de veinte marineros, además de 220 pasajeros, contándose entre éstos a las personas que la Compañía enviaba a su servicio”.

Poco tiempo permaneció el inquieto flamenco a las órdenes de la poderosísima empresa, supuesto que en el mismo año pasó a la isla de Tortuga en calidad de “engagé”. Bajo un cruel capataz sirvió en esa posesión hasta 1669, en que le redimió el gobernador M. d'Ogerón. Libre ya, desdeñó las tranquilas y seguras posibilidades que la vida de plantador ofrecía a los hombres de trabajo, para buscar, en cambio, las ilimitadas y azarosas de la piratería. “Los Hermanos de la Costa”, asociación de filibusteros que ha quedado en la Historia cual una de las más notables organizaciones de la rapaz crueldad humana, contóle bien pronto entre sus miembros. Henrick Smeeks permaneció nueve años entre aquellas despiadadas gentes, ejerciendo generalmente el oficio de cirujano, más no desdeñando tomar parte activa en la mayoría de sus empresas contra las posesiones españolas de las islas circunvecinas y de la propia Tierra Firme. Sirvió a las órdenes de L'Ollonois, de Motbars el Exterminador y de Morgan, y ha trazado de todos estos crueles bandidos del mar una pintura vívida e impresionante.

S. H. Haring, el moderno historiador de los bucaneros, escribió lo siguiente a propósito del libro de este inquieto galeno pirata: “La historia de Exquemeling constituye la crónica más antigua y esmerada que existe sobre las costumbres y hechos extraordinarios de los filibusteros del Caribe, que en el siglo XVII desempeñaron tan amplio papel en los anales de las Indias Occidentales, y forman la base de todas las narraciones modernas relativas a Morgan y otros capitanes bucaneros”.

Si bien disentimos del autor citado en lo referente a que sea la historia de Exquemeling la crónica más antigua porque las *Memorias* de Sir Frances Drake, el almirante pirata de la era isabelina que asoló nuestras costas en la segunda mitad del siglo XVI, le anteceden en algunos lustros, no podemos menos de reconocer que el cirujano flamenco fue testigo probo, al punto de que su narración hállase bien corroborada por las relaciones oficiales de la época.

En 1674, después de acompañar a Morgan en la famosa toma y saqueo de Panamá, Smeeks tornó a su tierra nativa con la bolsa bastante bien provista, y se dedicó a redactar sus memorias.

La primera edición —hoy codiciada joya bibliográfica— vio la luz en Amsterdam, en el año de 1678. Inmediatamente se hicieron de ella numerosas versiones que fueron apareciendo en el siguiente orden: la alemana, de Nuremberg en 1679; dos años más tarde, la edición española, cuya papeleta bibliográfica es como sigue:

“Piratas de América y luz a la defensa de las costas de las Indias Occidentales. Dedicado a don Bernardino Antonio de Pardiñas Villar de Francos... por el celo y cuidado de don Antonio y de... Traducido de la lengua flamenca en español por el Dor. de Buena-Maison... Colonia Agripina, en casa de Lorenzo Struickman. Año de 1681”.

Esta traducción española que eruditos como don Justo Zaragoza han encontrado fiel traslado del texto holandés, fue reimpressa en 1682 y en 1684, con diferente dedicatoria, y en Madrid en 1793; versión esta última en que, según se ha llegado a demostrar, se funda la primera edición inglesa.

Siglo y medio transcurrió sin que el libro del aventurero flamenco, de tan fundamental interés para la historia de la América española fuera reimpresso en habla castellana, trocándose así en una de las fuentes de más difícil consulta para los historiadores del Continente. Pero no ha muchos días el fervor editorial de don Roberto Arrázola, culto hombre de empresa cartagenero, director de la Editorial Colombia de Buenos Aires, ha venido a satisfacer esta necesidad, reeditando esmeradamente el libro “Piratas de América”. Como las dos obras que ya lleva publicada esta casa editorial en la serie documental de la historia de América, obras de muy particular interés para el estudio del pasado de nuestro país —el “Historial de Cartagena de las Indias” (dos ediciones), y la “Guerra a muerte”—, la edición que comentamos es recomendable por la fidelidad y la cuidadosa presentación tipográfica, cualidades que hacen aconsejable su lectura por fácil e instructiva.